

las altísimas eminencias del arte representan el nacimiento no menos bello de la pintura cristiana, todo él relacionado en sus términos y fases con el nacimiento de María, cuyo numen anima y esclarece tales hermosísimos portentos de inspiraciones creadoras.

VII

Indispensable para el conocimiento de una gran escena histórica otro previo conocimiento, la ciencia del teatro donde la escena se desarrolla. Por muy espiritual y libre que juzguemos nuestro ser interior, precisa reconocer cómo la conciencia toma del cielo mucha luz y jugo muchísimo de la tierra el corazón y el sentimiento. La pedregosa Palestina pasará por siglos de siglos como terreno privilegiado y aparte, por haber ofrecido cuna en sus establos, y sepulcro en sus colinas, y apóstoles en sus riberas, y tribuna en sus montañas, y transfiguración en su Thabor, á la santísima persona de Cristo. Cuando el Eterno le prometió al predilecto Abraham esta tierra de Palestina, designóla pura y sencillamente con el nombre, tan conocido y universalizado, de tierra de Canaán. Desposeídos por los hebreos, en consonancia con las palabras divinas y en cumplimiento con sus promesas, llamóse, des-

pués de aquellas victorias ganadas por Josué y por Jephthé, ó sea tras la conquista de los hebreos, tierra de Israel, nombre conservado hasta el cautiverio en Babilonia. Desde que volvieron del cautiverio llamóse Judea, como los israelitas judíos, por haber compuesto la tribu de Judá muy principalmente, y por extraordinario privilegio, el núcleo de su población. Al nacer María, Palestina se hallaba en poder de los romanos. Azotada por muchas guerras cambió de límites, angostándose unas veces y otras espaciándose al empuje de la conquista. El antiguo territorio de Canaán conteníase dentro de las riberas mediterráneas, que lo bañaban á Occidente; del Jordán, que lo bañaba á Oriente; del desierto, donde lo limitaba Gaza por el Mediodía, mientras por el Norte la línea que, partiendo de Hermón, iba en último término á dar en aquel célebre sitio tan conocido en todas las historias bajo el nombre de Sidón. Al menos industriado en erudición bíblica le son familiares provincias como aquella Idumea, tan de suyo semita; lagos como aquel bituminoso Mar Muerto, que parecía plúmbeo según lo inerte y pesado; ciudades como aquellas poblaciones fenicias, Tiro y Sidón, á cada paso invocadas en la Biblia y en el Evangelio; montes como aquel sublime Líbano, en cuyas cavernas asílabanse los penitentes y de cuyos cedros altísimos

y seculares los profetas se hacían lenguas; aguas como aquellas de Tiberiades, que debían ofrecer las pescas milagrosas divinizadas así por la religión como por el arte y que debían oír el más alto y sublime de todos los discursos que hayan jamás resonado en los aires, aquel discurso que contiene dentro de sí un espíritu nuevo, el sermón de la montaña. Las tres provincias, donde pasa completamente la historia de María y de su hijo, estaban una sobre otra extendidas entre las orillas del mar y las orillas del Jordán, hacia el Mediodía Judea, en el centro Samaria y en el Norte la más interesante de todas, la que debemos considerar en este punto de nuestra historia, Galilea, patria de María. Por una de las muchas contradicciones históricas proviéndole su nombre de las mezclas y tratos que tenían sus habitantes con los paganos, allí numerosísimos. Esto nunca obstó, sin embargo, para que fuese como el Paraíso de Palestina. Todo en ella idílico, su aire puro, su clima dulce, sus valles frondosísimos, sus montañas con esmaltes de piedras preciosas, sus praderas cubiertas de rebaños, sus colinas coronadas por gigantescos árboles, el suelo á cien aromas oliente, la viña cargada de racimos, el olivo de aceitunas, la higuera de higos, en los altitudes reverberaciones muy esplendentes y en los hondos aquel encarecido lago

donde se mezclaban las blancas palomas con las blancas velas y se repetía el cielo cual si quisiera engarzarse y prenderse aquí en la tierra.

Detengámonos ante los valles y pueblecillos donde nació María, y detengámonos con recogimiento y religiosidad. Nazareth lo merece todo. Aquella Babilonia de Semíramis con sus jardines colgantes y sus palacios guardados por colosos de pórfido; aquella Memphis de cien puertas donde Isis tendría quizá templos de mil columnas; aquella incomparable Alejandría de Cleopatra, que iba despidiendo, como enjambres de zumbadoras abejas, ideas divinas, jamás produjeron sér alguno, para el bien de la humanidad tan indispensable, como esta Virgen Madre María, tierna, modesta, humilde, sencilla, destinada en los designios providenciales á renovar la vida moral, y renovando la vida moral, á rehacer el género humano y redimir de la esclavitud al mundo. Los viajeros como Stapfer, que han recorrido Palestina con espacio y con verdadera ciencia, refiérennos cómo Nazareth se conserva hoy tal cual estaba en tiempo de Jesús. Las ciudades, objeto de codicia para el conquistador, sufren enormes invasiones y se alteran bajo la inundación terrible de los tiempos en cambios incesantes y continuos. Pero estas aldehuelas, perdidas como humildes nidos en los abandonados re-

codos de un valle, al pie de colinas nunca holladas por guerreras plantas, entre ignorados espacios, acaban por salvarse y por conservar su fisonomía preservadas, merced á la virtud misma de su modestia, cual Pompeya y Herculano bajo las lavas del Vesubio, merced á su preservación del aire y del sol. Nada encontraréis ya en Jerusalén de lo que había, ni en tiempo de los profetas, ni en tiempo de Jesús. Alejandro, las ufanadas dinastías seleucidas, Pompeyo, Vespasiano, Tito, el árabe unas veces, el mongol otras veces, el mismo cruzado, hanle traído más catástrofes que los terremotos removedores del suelo. Pero Nazareth, apenas poblada por cuatro mil habitantes en el siglo primero; desconocida por completo de Josepho, que no la menciona en sus historias; olvidada por el Talmud mismo, tan prolijo y minucioso; á veinticinco leguas de Jerusalén, á nueve horas de Capharuamu, yacía feliz en su ignorancia y en su oscuridad. Por eso puede verse todavía el camino que las plantas de Jesús hollaran; el sitio donde tuvo su taller de carpintero; la colina, desde cuya cumbre oró mil veces; y la fuente en que María tomaba el agua para su hogar á diario en el ánfora, volviéndola cargada y erguida sobre su armoniosa cabeza. También Renán visitó hace años, en compañía de su hermana, este privilegiado sitio, y lo describe como Stapfer. El

aire le pareció vivísimo, el clima salubre. La población ofrece de suyo, con sus casas semejantes á viejos aljibes, un aspecto modestísimo, cual suelen todas las pequeñas poblaciones de Oriente. La desolación de Palestina no alcanza, no, á este sitio de habitantes felicísimos y de huertos verdes. La fuente aquella reunió en tiempo de María todas las muchachas de la población, que iban allí á escanciar el agua. Antonino Mártir, citado por el mismo Renán, refiérenos que los tipos de sus mujeres, todas ellas medio sirias, tenían una belleza tal, que de común acuerdo las gentes piadosas en el siglo sexto la imputaban al nacimiento y presencia en aquel sitio de María, quien legó, como vínculo hereditario, gracia y belleza de consuno á sus amadas convecinas hasta la consumación de los siglos. Dice también el gran escritor francés que desde la hoya donde Nazareth está, el cielo es muy estrecho; mas así que subís á cualquiera de las vecinas alturas y miráis por todas partes, entrevéis los valles del Jordán; las altas llanuras de la Perea esmaltadas por las reverberaciones de un cielo candente; las tierras de Siquem realzadas por las sacras figuras patriarcales; á un lado aquel Thabor, comparable á blando hermosísimo seno y que muchas veces parece rotonda esférica de lapislázuli; á otro lado el Carmelo, despidiendo incienso de poesía y

reverberando el sol en su cono abrupto que toma tintes de ópalo, esmeralda, zafiro y rubí, según las refracciones de los rayos solares en sus aristas; y allá, tras las cordilleras de Safed, el golfo de Raifa, cuyas aguas, confundidas á la simple vista con el aire, presentan una línea imperceptible azul, tan celeste como todas las que dibuja y colora el Mediterráneo en sus espléndidos horizontes, dignos por cierto de aquellas almas que volaban al impulso de sus brisas y se sumergían en los resplandores de su éter.

Tal fué, según lo describen quienes lo han visitado, el escenario donde pasó la infancia de María. Pocos, muy pocos datos acerca de tal período y edad tranquila de su existencia podemos presentar. Ni los Evangelios admitidos por la Iglesia nos dan á este respecto amplias noticias, ni los apócrifos noticias verdaderas. Hay entre los últimos algunos que sólo cuentan la natividad é infancia de María, mas con tales tachas de magia y de gnoticismo, que no podemos prestarles ningún asenso. Tampoco se los presta la Iglesia. Fábulas árabes, abisinias, siriacas, mezcla de tradiciones helenas con tradiciones judías, dicen cuánto el cristianismo se difundiera, pero dicen también cuánto se adulterara en su difusión y propaganda. No podemos, pues, extendernos muy lejos en la investigación de cosa

tan ignorada como la juventud é infancia de María, si hemos de atenernos á lo que rezan narraciones admisibles de una sobriedad y de una concisión desesperantes. En cambio los escritores eclesiásticos, calcando sus historias sobre comentarios como los del piadoso Eutimio y otros, ó prevaliéndose de los mismos apócrifos desechados por la Iglesia, dan á sus imaginaciones rienda suelta, y refieren la vida é historia de María con señales y noticias apenas comprensibles. Para contraernos á libro muy divulgado como la *Vida y Misterios de la Gloriosa Virgen María* por el padre Ribadeneira, diremos aquí todo cuanto él mismo dice, dejándolo por completo al juicio y discreción de nuestros lectores. Así cuenta que, siendo ya María de tres años, para cumplir el voto hecho de ofrecerla en todo al Eterno, la llevaron sus padres á Jerusalén y la introdujeron en el templo á los veintiuno de Noviembre. Declararon al sacerdote mismo el voto que habían hecho, encargándole de tener cuenta con su hija como con cosa dedicada ya de suyo á Dios, y ponerla entre las otras doncellas que le servían, junto al templo, en una casa construída para estos efectos, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y apartándose del ruido y bullicio podían ocuparse con facilidad en santas y loables tareas. Tras esto, Ribadeneira sigue refi-

riendo cómo admiró á todos por extremo la belleza y gracia de tan bienaventurada niña, y más aún la prontitud y regocijo con que se despedía de sus padres y se dedicaba al Señor, como cualquier monja de nuestro tiempo, añadiremos nosotros. Y así continúa refiriendo que fué puesta la santa niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demás, y luego comenzó á resplandecer en aquella casa material de Dios. Y ya en este punto de su narración, Ribadeneira nos refiere cómo aprendió muy perfectamente á hilar lana, y lino, y seda, y hasta Holanda, pero sobre todo á coser y labrar, en guisa de buena religiosa, los ornamentos sacerdotales. Aprendió, según el padre jesuita, asimismo, las letras hebreas; y leía con mucho cuidado á menudo y meditaba con grande dulzura aquellos divinos libros, los cuales entendía perfectamente. Y puesto á contar, añade que nunca estuvo la Virgen ociosa; que ayunaba mucho; que los ángeles á la continua se le mostraban y conversaban con ella; que algunas veces recibía manjares no aparejados en cocina de hombre, venidos del cielo; que á los once años perdió sus padres, Joaquín y Ana, los cuales murieron de ochenta; que hizo voto de guardar perpetua virginidad; y con su ejemplo incitó á tantos y tantos escuadrones de purísimas doncellas, quienes por no perderla, perdiesen sus vidas, y por esto se llama

Virgen de las vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas. El padre Ribadeneira sigue pintando á María como pudiera pintar á San Ignacio, y la viste de verdadera monja, cual Murillo y Rubens acostumbraban á vestirla de reina ó dama con los brocados y con los arreos del siglo xvii.

No podemos nosotros decir cómo vivió María; pero sí podemos decir cómo se vivía en su tiempo. Tenemos para ello todo el Nuevo Testamento. Y además de tan sacro y religioso manantial tenemos los fragmentos de Polibio, las noticias geográficas del sabio Estrabón, las biografías de Plutarco, las narraciones de Suetonio y Tácito, los escritos de Flavio Josepho, el inmortal historiador judío, la indigesta pero copiosa compilación del Talmud, lleno de tradiciones rabínicas, que comprenden desde los códigos judíos hasta las costumbres y que nos dan inapreciables noticias acerca de la vida vulgar y pública en aquellos apartadísimos tiempos. La inmovilidad natural á los pueblos orientales nos aprovecha muchísimo y nos industria en todo cuanto pasaba por el siglo de María. En Palestina las costumbres judías han sobrevivido á la raza y han pasado á los árabes. El advenimiento de niña, como la Virgen, causaba regocijo extraordinario en los padres, por lo mismo que creían la esterilidad una verdadera maldición del cielo. Al

parto asistía siempre una comadrona, siempre. Nacida la criatura, bañábanla en agua fría, y la frotaban después con sal para curtir y endurecer su piel. No podía el marido estar presente mientras iba de parto la mujer. Una vez parida, llamábanlo y hacían que se pusiera el recién nacido sobre sus rodillas. Las madres lactaban á sus hijos con lactancia tan larga, que solía durar tres años, por miedo á las contingencias de las denticiones, del sarampión y de la viruela. Catorce días duraba la impurificación; pero las presentaciones al templo de las niñas debían hacerse á los sesenta y seis días de su nacimiento, y en aquellas complicadas ceremonias ofrecía la familia, según sus recursos, ya un cordero, ya un par de pichones ó de tórtolas. Para que se vea cuánto fantaseaba el padre Ribadeneira en su historia de la Virgen, baste decir que apenas existía en Judea por aquellos tiempos alguna que otra escuela, y esa en Jerusalén, de niños, y para fines puramente religiosos. La mujer alcanzaba allí un extraordinario respeto. Los proverbios lo decían, cuando enseñaban que por las mujeres llega la prosperidad á los hombres; que precisa querer á la esposa como á sí propio y respetarla más que á sí propio; que la muerte de una buena mujer debe considerarla quien la perdiera como si fuese la ruina misma de Jerusalén.

Sin embargo, la mujer no tenía en el judaísmo los ministerios religiosos que tuviera el hombre. En el nacimiento de las hembras no había ceremonias religiosas. Su educación pecaba de tradicional descuido. Mientras los niños asistían al templo, en cuanto llegaban á los doce años, las mujeres no tenían edad fija para cumplir este deber litúrgico. No podía, pues, existir en Nazareth la especie de monasterio fantaseado por el padre Ribadeneira. El Talmud cuenta, entre las plagas de este mundo, la viuda charlatana ó chismosa y la doncella que dispendia su tiempo en oraciones. En sus rostros, sobre todo las mujeres casadas, tenían á la continua el velo mismo que les ha decretado el Corán. No estaba permitido saludarlas. «No habléis mucho con las mujeres,» decían todos los rabinos. Así no recitaban aquéllas el *schema* de la liturgia, no asistían á la lectura de la ley, no habitaban bajo las tiendas en la fiesta de los Tabernáculos.

Las casas de Nazareth adolecían de una sencillez primitiva. Para fingirnos el hogar de María necesitamos bien poco esfuerzo. Imaginaos un cubo pesadísimo, blanqueado fuertemente de cal, y tendréis rehecho el hogar donde naciera la Virgen. Por los campos de nuestro Elche, la casa con aljibe junto á sí, con palmeras á la puerta, sin ventanas casi, nos reproduce los hogares de Siria, de Pales-

tina, de Arabia. Aun es más primitiva la casa de Nazareth, si creemos las narraciones del Antiguo y Nuevo Testamento. No había en ellas más que una singular habitación tan sólo. Alcoba, cocina, taller, estaban reunidos bajo el mismo techo. No se componían las habitaciones de piedras duras, se componían de ladrillos groseramente fabricados. Dentro de ellas, como construídas para contrastar el calor palestino, precisaba encender luz en pleno sol, cuando había que buscar cualquier objeto por el suelo. No creáis que las casas burguesas, como ahora se dice, de Nazareth, podían compararse con las casas aristocráticas de Jerusalén. Allí las piedras duras y pulimentadas, los pórticos airosos, los patios amplios, las albercas rebosantes, los baños bien apercibidos, las puertas de maderas preciosas, las columnas traídas de lejos, las celosías doradas, las azoteas elegantísimas adornadas con objetos de arte y cubiertas con toldos preciosos, los alojamientos amplios para ejercer la hospitalidad con los amigos, el verdadero lujo de Oriente y su grande abundancia. Pero esto nada tenía que ver con las casas de Galilea, donde habitaron Joaquín, Ana y María. Esterillas de junco, á lo sumo cojines de lino, cántaros y alcarrazas de barro, armarios para guardar la ropa, toscas lámparas, viejos almudes, una escoba y un molino: he ahí toda la casa del ga-

lileo bien acomodado. Para comprender la rareza de los objetos bastará recordar que hay un refrán evangélico, el cual dice cómo no deben ponerse las lámparas bajo los almudes, sino sobre los almudes; palabras significativas de que tales objetos á un mismo tiempo servían de medidas en las compras y en las ventas y de mesa para colocar las luces. ¡En cuántas ocasiones el Evangelio de San Mateo repite la misma recomendación, y cómo pasa de generaciones en generaciones al artículo del periódico diario, al discurso del orador político, sin que nadie recuerde su modesta fuente, la miseria de aquellos seres destinados á darnos nuestro Dios, quienes, andando los tiempos, debían tener iglesias costeadas con los dispendios que pidieron el Escorial y San Pedro! La mujer barría toda la casa, y por ende, hallábase como adscrita bajo su advocación la escoba. Cosa penosísima dar vueltas á la rueda del molino casero, esencialísimo al mobiliario palestino, como puede verse por el segundo libro de Samuel. Pues bien, la muela se movía, ó por el siervo de la casa, ó por el asno de la labor, ó por dos mujeres de la familia. Todo cuanto venimos diciendo prueba la humildad en que nació, vivió y murió aquella Virgen, cuyas efigies debían coronar con toda suerte de metales ricos y piedras preciosas los reyes y los potentados de la tierra. El